

Mario Góngora, el Maestro

Por Carlos Ruiz-Tagle

● Desde 1948, como profesor de historia del Colegio Saint George, hasta sus últimos días frecuentando la biblioteca del Museo Vicuña Mackenna, Góngora fue el maestro y luego el gran amigo.

PENSE que le llamarías. Pensé que cuando pasaras la lista en clase de Historia, dirías "Ruiz-Tagle", y alguien, por mí contestaría "Ausente, señor". Ausente. Porque tú, Mario Góngora, estás en un mundo, yo estoy en éste y ya no terminaremos nunca de ausentarnos.

Aquí viven tantas cosas tuyas además de tus libros. En recuerdo tuyo cantan los pájaros de Santiago. Se vieron los pájaros del campo y se encaramaron en las ramas más altas, y a la ciudad le salieron plumas grises y le salió buche. En recuerdo tuyo el Campus Oriente se ha llenado de trinadores.

Mario Góngora, tú llegaste al Colegio Saint George por 1947 ó 1948. Y a nosotros, tan flaco eras entonces, se nos imaginó que había llegado Stan Laurel, el de Laurel y Hardy. Y alguien te lo dijo y tú te fuistes poniendo colorado desde el cuello para arriba, de una manera que no era la de Stan Laurel.

El profesor más exigente Stan Laurel: qué formidables eran tus clases de Historia. Resultabas muy exigente. Por eso te recordamos todos: porque eras exigente. De los profesores blandos uno se olvida.

Te vestías siempre de oscuro. Tus ojos tenían una mirada y otra mirada adentro, esta segunda era la que nos penetraba. Tus ojos tenían, Mario Góngora, una lucecita. Tú nos enseñaste que el hombre valía por lo que sabía, no por lo que tenía. De modo que había cosas más importantes de lo que hasta entonces nos parecía importante.

Muchas veces te llamábamos Góngora, así, pelado. El segundo apellido era particularísimo, Del Campo. No nos parecía adecuado. Como que no empalmaba con el personaje. Porque un sabio era algo eminentemente urbano, nada de campo. Además, los sabios no tienen segundo apellido porque de alguna manera éste desvirtúa el poder del primero. ¿Quién sabe el segundo apellido de Einstein, de Pascal, de Descartes?

La palabra Góngora, esdrújula, te definía por entero. Además, te emparentaba con el otro, con Luis de Góngora, el español. El mismo mentón, la misma frente.

El otro se daba de una manera recovequeada, pero tú te dabas sencillamente. Y te dabas no sólo como Góngora sino como Napoleón, como Rasputín y a veces hasta como Jesucristo. Cuando te dabas como Jesucristo lo hacías en francés, y en la métrica de Charles Peguy.

La propiedad mirada al microscopio

Pasó mucho tiempo antes de hallarnos de nuevo, mucho tiempo entre Góngora I y Góngora II.

Un día nos encontramos en un microbús. Tú tenías

memoria de profesor de Historia: reconocías a tus alumnos aun después de haber pasado decenios.

Y entonces descubrí tus libros. Eran un modelo de lo que se llama *seriedad*, que es un conjunto de calidades.

Leí, por ejemplo, *El Estado en el Derecho Indiano*. Algo así, tan sólido, como el Libro de los Libros. Y después ese maravilloso puzzle que armaste pedacito a pedacito, con Borde, en el valle de Puangue. El minifundio estudiado palmo a palmo, la propiedad mirada al microscopio.

Te interesó el inquilinaje y el vagabundaje. Te metiste dentro del cerco del inquilino y de la bolsa, de la linyera de vagabundo.

Las editoriales chilenas no fueron capaces con toda tu obra, y un libro tuyo capital, apareció en la prensa de la Universidad de Cambridge. No hay edición chilena.

Y de pronto, entre tanto libro analítico, científico, surgió *Ensayo histórico sobre la noción de Estado en Chile en los siglos XIX y XX*. Por arte superior habías llegado a una síntesis que abordaba desde principios del siglo XIX a fines del XX. Alguien dijo: en ciencia todo es análisis. Pues sí, habías llegado a la síntesis.

Un libro que se prestó a una polémica de la cual, Mario Góngora, saliste extraordinariamente bien parado. Y eso sería todo.

Ahí estaban tus alumnos enriquecidos con la riqueza de veras. Los que criaste en un pizarrón, con letra chiquitita, donde anotaban acontecimientos, fechas, nombres de reyes y emperadores. Hacías una fecha, borrabas de repente, surgía una cruz, alguien había muerto.

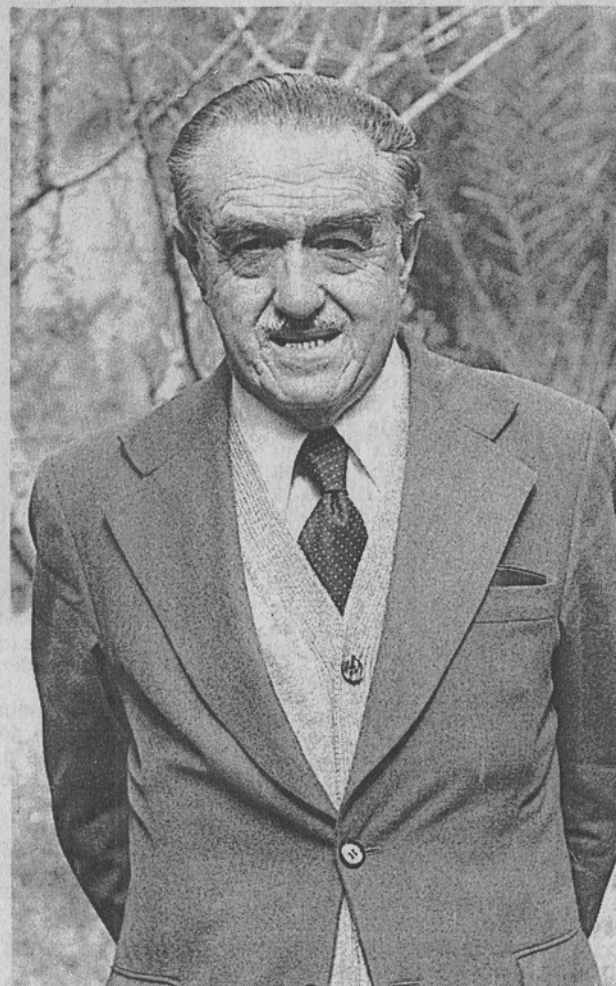
Estos signos salían de una cabeza que no había seguido sólo una línea de pensamientos durante toda la vida, lo que podría preocuparles a los dogmáticos. Como si no tuvieran derecho a pensar según tus cánones.

Sin Dios no se podía vivir

Pensabas que sin Dios no se podía vivir, y te desaparecías por las tardes rumbo a alguna iglesia más o menos cercana.

Moraste alguna vez en el barrio de Patronato y solías tomar un microbús cuando ya habías cambiado de barrio y residías en Seminario, para ir a caminar por la calle Santa Filomena, por Loreto. ¡Se puede amar tanto a las calles! Los pasos en la calle de Loreto no se parecen en nada a los pasos en Antonia López de Bello, suenan a otra cosa.

La casa tuya, antes fue de tu suegro, Aurelio Díaz Meza. El se dedicó a los episodios coloniales en unos li-



Mario Góngora.

bro llenos de anécdotas que eran todo lo contrario de tu estilo, de tu método.

Y un día yo te pregunté qué te parecía don Aurelio con sus relatos de damas entre comillas y de caballeros entre comillas. Me dijiste que lo admirabas mucho.

En tu casa, por siempre jamás, hay una plancha de bronce que dice A. Díaz Meza. Tras la puerta vivías con tu corta familia, Miss Helen Díaz y su hija María Eugenia.

A ella la llamábamos Miss porque nos hizo clase en el colegio cuando estábamos chicos. Tú no te llamabas Mister porque nos hiciste clases cuando estábamos grandes. La María Eugenia, tu hija de ojos enormes como uvas, se

movía en el terreno de la literatura recóndita. Le preocupaba, por ejemplo, e incluso le deleitaba, un poema sobre la batalla de Brunanburh escrito en anglosajón.

Tu determinabas muy bien las horas del día. Te afeitabas a las 8.20 y yo solía llamarte a esa hora para ver si habías quedado bien afeitado.

Durante el verano me visitabas más a menudo en el Museo Vicuña Mackenna. En realidad, no me buscabas a mí sino a la biblioteca, que permanecía siempre abierta mientras las demás cerraban. Recuerdo un día que íbamos a ver al ministro Horacio Aránguiz. Y a la salida de mi oficina, la bibliotecaria del museo te dijo:

—Se ve muy buen mozo, don Mario.

Y tú te pusiste colorado.

Caminando por la avenida Vicuña Mackenna hacia la Alameda, rumbo al Ministerio, había, al llegar a la calle, cita Viña del Mar, un montón de gitanas. Y una de ellas te llamó:

—¡Brecioso!

Yo quedé impresionadísimo. Y recuerdo que te hice notar que estabas teniendo éxito con las mujeres: primero fue la bibliotecaria, después la gitana. ¡Por la...!

Eras el único que se creía rico

Un día, como he vivido bajo el alero de Vicuña Mackenna, te pregunté cómo considerabas a mi santo patrono, que se decía era un historiador tan fantasioso. Me dijiste que si tuvieras que salvar a un solo historiador del siglo XIX, salvarías a don Benjamín.

Te creías rico. Eras el único que se creía rico. No tenías auto, pero eso qué más daba. Total servían los buses y el metro, que no quedaba del todo lejos. Tenías una familia, tus libros, tus clases, la casa de Seminario.

Tus alumnos hablaban del afable sabio. Ser sabio, tal vez, te daba risa. Porque el sentido del humor muchas veces te inundaba todo.

Yo no sé qué pasó al final, Mario, creo que fue una reunión que se iba a hacer en la Editorial Universitaria relacionada con Concepción y no se hizo y después volviste a la Católica. Y vino el rayo y mucho después llegaron los truenos: en la calle había un hombre muerto. Y ese eras tú y se paró el aire y se pararon los pájaros del Campus Oriente. Había también un motociclista herido y ya no supe más de ti sino por la televisión, por los diarios, por tus libros, por el amor de tu familia, y por las flores.

Tu ataúd se veía pequeñito en el Auditorium del Campus Oriente. Tu ataúd flotaba entre las flores. El era la flor central y por los lados florecían en sabiduría tus alumnos de Historia. Y había uno que se creía tu alumno, y que me llamaba yo uno que no sabía nada de Historia y que estaba ahí inventando una oración, porque para eso era bueno, para inventar oraciones. Y para decirlas por dentro. Una oración para Mario Góngora.